

Yo volví al Palacio, pero apenas oyó Comonfort el parte que le dí. Se paseaba á veces febril, á veces indiferente, en un cuarto en que estábamos con él únicamente sus ayudantes.

A las tres de la madrugada se embozó en su capa, después de ceñirse un par de pistolas, y salió absolutamente solo á recorrer las fortificaciones.

Al poco rato volvió, y arrojando la pañosa en un asiento, nos dijo como quien continúa un monólogo comenzado:

— Todo solo, todo abandonado, ni un solo hombre; no se ve más que armas y cartuchos tirados por el suelo... ¡Hay más muertos!... Y por la calle ni un alma... Los míos, los puros, me han abandonado, y los otros, los canchales, me han traicionado... Todos me dejan, todos me rechazan, porque comprendo tarde que en este país y en este tiempo hay, ó que fanatizar, ó que descatozizar al pueblo... Pero Dios proveerá...

Le oímos en silencio, sin osar decir una palabra que indicara conformidad ó disenso, y seguimos en nuestro sitio mientras el Presidente se tumbaba en un sofá á descabezar un sueño.

Por su respiración acompasada, conocimos que el general dormía; á las cinco en punto se levantó tranquilo y sereno.

— Nos defenderemos hasta el último extremo; somos

pocos, pero aún les queda hueso que roer. Antes que tomen este Palacio, morirán algunos...

A poco, después de conferenciar con Rangel y Pardo, determinó dejar todo sin ocasionar más efusión de sangre; pero quiso alejarse, no como facineroso que se fuga, sino como campeón vencido que confiesa á su pesar que le ha sido adversa la suerte de las armas.

Nos situamos con el jefe enfrente del Palacio, en el punto en que hoy empieza la banquetta del zócalo, y allí aguardamos la vuelta de los que habían ido en nombre de don Ignacio á conferenciar con el general de la Parra, jefe del punto inmediato.

— Amigos, dijo el general dirigiéndose á nosotros; me han servido ustedes con lealtad y decisión. No tengo queja de ninguno y sí motivos de agradecimiento para todos. Pero no necesito sino á dos, que designaré si los demás no se ofenden.

Callamos nosotros y él entonces eligió á dos jóvenes parientes suyos, diciéndonos á los demás que debíamos marcharnos á cualquier parte, pues no quería que le atribuyeran el querer llevar boato de Presidente en aquella tristísima coyuntura.

Pasó un rato de silencio embarazoso, cuando oímos la voz de un riflero de Lampazos, de los que Blanco acaudillaba, cantar con esa voz entre quejido y arrullo que es propia de la gente de campo, una cancioncilla que decía:

Casacas y sotanas
 Dominan donde quiera;
 Los sabios de montera
 Felices nos harán;
 Cangrejos, á compás,
 Marchemos para atrás.
 ¡Zis, zis y zas!
 Marchemos para atrás.

¡Maldita federata!
 ¡Qué oprobios nos recuerda!...
 Hoy los pueblos en cuerda
 Se miran desflar...
 Cangrejos, á compás.
 Marchemos para atrás...

Si indómito el comanche
 Nuestra frontera asola...
 La escuadra de Loyola
 En México dirá:
 Cangrejos, á compás,
 Marchemos para atrás...

Orden, ¡gobierno fuerte!
 Y en holgorio el jesuita
 Y el guarda de garita
 Y el fuero militar...

Cangrejos, á compás,
 Marchemos para atrás...

Heroicos vencedores
 De juegos y portales,
 Ya aplacan nuestros males
 La espada y el cirial...
 Cangrejos, á compás,
 Marchemos para atrás...

Horrible el contrabando;
 Cual plaga lo denuncio,
 Pero entre tanto el nuncio
 Repite sin cesar.

 Cangrejos, á compás,
 Marchemos para atrás...

En ocio, el artesano
 Se oculta por la leva,
 Ya ni al mercado lleva
 El indio su *huacal*...

 Cangrejos, á compás,
 Marchemos para atrás...

De lo alto del palacio
 Soldado matasiete

Poniéndose un bonete
Se le escuchó exclamar:
Cangrejos, á compás,
Marchemos para atrás,
¡Zis, zis y zas!
Marchemos para atrás...

Todavía sonaban en nuestros oídos los acentos de aquel rústico himno, que sintetizó durante toda una época los agravios del pueblo contra las clases privilegiadas, cuando vimos desembocar una columna de infantería, por la calle de Flamencos. Comonfort le ordenó se detuviera, amenazándola, si no hacía alto, con disparar dos cañones que estaban en posición.

La columna se detuvo.

Un golpe de pelados apareció por el lado de Tacuba, gritando vivas á la religión; pero quedó callado al ver el severo continente de aquel hombre, quizá más grande en aquel momento de infortunio tan decorosamente llevado, que en los días de poderío y de fuerza, tan mal y tan escasamente empleados.

A las ocho volvió Rangel avisando que el Presidente podía tomar la escolta que quisiera.

Montó el jefe á caballo, le siguieron algunos de sus íntimos, y nosotros miramos alejarse á aquel hombre todo bondad, ternura, abnegación y patriotismo, que

hizo á México más daño que muchos de sus enemigos jurados.

Las tropas reaccionarias entraban en ese momento, en medio del sonido de charangas, del brillar de entorchados y uniformes y del aullar de pelados ebrios, para no salir sino después de tres años de lucha tenaz.



Las tropas reaccionarias entraban en ese momento...

